

de los grandes ríos; he visto las lianas tendidas entre los troncos, apretándose en anchas mallas verdes, los penachos gallardos de las palmeras, ondulando al viento, sobre sus largos cuerpos desnudos; grupos de copas blancas, esclareciendo á lo lejos la obscuridad de la selva; el *cipó* que se abrazaba serpenteando á los árboles, y tapizaba el suelo, y vestía con largos velos á los gigantes troncos muertos; los helechos arborescentes tendiendo las líneas curvas y amarillentas de sus ramas, y los encajes florecidos de las enredaderas pendientes de los brazos mutilados de los enormes *jequitibás*—toda la primitiva grandeza de las florestas vírgenes—y he visto balancearse las hamacas, colgadas de los árboles, y en ellas á las jóvenes brasileras que leían deleitosamente las narraciones de los *flirts* viajeros de Pierre Loti ó las ternuras apasionadas de Joao de Deus. ¿Hablarían más dulcemante á su alma, los discreteos pintorescos de los indios de los poemas?

Dirceu apacentaba sabiamente el suave rebaño de sus versos y encendía el corazón de Marilia con églogas arcádicas. Claudio Manoel da Costa se ruborizaba de los rasgos de americanismo que á pesar suyo aparecían en sus poemas; lo que no le impidió pasar los últimos años de su vida en las mazmorras del rey fidelísimo, por complicidad en la gloriosa conjuración de Villa Rica; como sus abjuraciones y sus profesiones de fe católica, no fueron parte para que el desdichadísimo poeta Antonio José da Silva, no rindiera á Dios su alma en las espantosas hogueras de la inquisición.

Como la clásica poesía de los Gama y los Gonçaga, la poesía romántica de los Magalães y los Gonçalves, Dios oreó con brisas exóticas las selvas del Brasil; pero sus clarines sonoros produjeron más duraderas armonías. Hallaréis hermosos versos en Fagundes Varella, en Castro Alves, en Casimiro de Abreu, y desequilibrios espantosos en el byronismo de Alvarez de Azévedo.

Hallaréis en la generación actual, artistas como Olavo Bilac ó como Alberto de Oliveira, ó como Raymundo Correia ó como Luis Murat, y delicados soñadores como Lopes, que desde el fondo del cuadro de Watteau en que vive, habla de amor á sus *ladys* y á sus duquesas en términos caballerescos; ó místicos como Affonsus de Gimarães, que canta dulcemente los loores de Nuestra Señora, en el monasterio de Verlaine. Hallaréis una vasta y poderosa corriente literaria; críticos insignes, historiadores eminentes, novelistas, filósofos; pero acaso, como yo, haréis un esfuerzo por apartar vuestros ojos de los grandes nombres consagrados, y volverlos á la figura extática del poeta doloroso, que llevó su vida constelada de martirios, entre la tisis, la miseria y la locura.

---

“Señor, Dios mío, concededme la gracia de producir algunos hermosos versos que me prueben á mí mismo que no soy el último de los hombres, que no soy inferior á aquéllos á quienes desprecio.” Así rezó Souza, con la plegaria de Baudelaire.

Y el Señor Dios le concedió la gracia.

Sus versos están impregnados de misticismo y sus éxtasis místicos tienen visiones de voluptuosidad enfermiza. Su Virgen María, Rosa pulcra, Estrella de los altares, Hostia de la Extremaunción del dolor, Agua lustral, Ave de plata y azul, blanca como las ampollas sagradas, lo mira con ojos de misterio y de tristeza. Entre las pompas del culto, que de extraña manera lo fascinan, deja el poeta vagar sus pensamientos y sus pupilas y los detiene á veces en los Cristos de oro y de marfil, serenos, luminosos, ideales, en cuya cabeza ensangrentada hay dolor y hay luz, y ve también los Cristos del pecado y las flores de carne, las jóvenes arrodilladas enguinaldadas de blanco, cubiertas con blancos velos, en cuyos cuerpos el pudor parece claridad de luna, y en cuyos senos estremecidos